

Luis Sepúlveda

HISTORIA DE UN PERRO LLAMADO LEAL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

*Para mis nietos Daniel, Gabriel, Camila,
Valentina, Aurora y Samuel.*

*Para mis pequeños hermanos
del pueblo mapuche. Mi pueblo.*

Dungu

Palabras

Este libro es una deuda mantenida durante muchos años. Siempre he sostenido que gran parte de mi vocación de escritor viene del hecho de haber tenido unos abuelos que contaban historias, y de que, en el lejano sur de Chile, en una región llamada Araucanía o Wallmapu, tuve un tío abuelo, Ignacio Kallfukurá, mapuche (nombre que conforman dos palabras unidas: «mapu», que significa Tierra, y «che», gente, y cuya traducción correcta es «Gente de la Tierra»), que al atardecer les contaba historias a los niños mapuche en su idioma, el mapudungun. Yo no entendía lo que los demás mapuche decían en su lengua vernácula, pero sí entendía las historias que narraba mi tío abuelo.

Eran historias que hablaban de zorros, de pumas, de cóndores, de loros, y mis favoritas eran las que contaban las aventuras de *wigña*, el gato salvaje. Yo entendía lo que mi tío abuelo narraba porque, pese a no haber nacido en la Araucanía, en la Wallmapu, también soy mapuche. También soy Gente de la Tierra.

Siempre he querido contarles una historia a los niños mapuche al atardecer, junto al río, mientras comemos los frutos de la araucaria y bebemos jugo de manzanas recién recolectadas.

Ahora que me acerco a la edad de mi tío abuelo Ignacio Kallfukurá, voy a contarles una historia de un perro crecido junto a los mapuche. De un perro llamado *Leal*.

Les invito, pues, a la Araucanía, a la Wallmapu, al país de la Gente de la Tierra.

Kiñé

Uno

La manada de hombres tiene miedo. Lo sé porque soy un perro y el olor ácido del miedo me llega al olfato. El miedo huele siempre igual y da lo mismo si lo siente un hombre temeroso de la oscuridad de la noche, o si lo siente *waren*, el ratón que come hasta que su peso se convierte en lastre, cuando *wigña*, el gato del monte, se mueve sigiloso entre los arbustos.

Es tan fuerte el hedor del miedo de los hombres que perturba los aromas de la tierra húmeda, de los árboles y de las plantas, de las bayas, de los hongos y del musgo que el viento me trae desde la espesura del bosque.

El aire también me trae, aunque levemente, el olor del fugitivo, pero él huele diferente, huele a leña seca, a harina y a manzana. Huele a todo lo que perdí.

—El indio se oculta al otro lado del río. ¿No deberíamos soltar al perro? —pregunta uno de los hombres.

—No. Está muy oscuro. Lo soltaremos con la primera luz del alba —responde el hombre que comanda la manada.

La manada de hombres se divide entre los que se sientan en torno al fuego, que encienden maldiciendo la leña húmeda, y los que con sus armas de matar en las manos miran hacia la oscuridad del bosque y no ven nada más que sombras.

Yo también me echo sobre las patas, alejado de ellos. Me gustaría estar cerca del calor, pero evito el fuego que han encendido, pues el humo me nublaría los ojos y mi olfato no percibiría los cambiantes olores. Han encendido un mal fuego y se les apagará muy pronto. Los hombres de esta manada ignoran que *lemu*, el bosque, da buena leña seca, tan sólo hay que pedírsela diciendo *mamüll*, *mamüll*, y entonces el bosque entiende que el hombre tiene frío y autoriza a encender un fuego.



Llega hasta mis orejas, que siempre están alerta, el croar de *llüنگki*, la rana, oculta entre las piedras de la otra orilla de *leufü*, el río que baja de las montañas. A ratos, *konkon*, el búho, imita al viento desde lo más alto de los árboles; y *pinüyke*, el murciélago, bate las alas mientras vuela y devora insectos nocturnos voladores.

La manada de hombres teme los ruidos del bosque. Se mueven inquietos y yo siento el penetrante hedor del miedo que no les deja descansar. Intento alejarme un poco de

ellos, pero me lo impide la cadena que llevo al cuello y que han atado, por el otro extremo, a un tronco.

—¿Le damos algo de comer al perro? —pregunta uno de los hombres.

—No. Un perro caza mejor cuando está hambriento —contesta el jefe de la manada.

Cierro los ojos, tengo hambre y sed, pero no me importa. No me importa que para la manada de hombres yo no sea más que el perro, y de ellos no espero otra cosa que el látigo. No me importa, porque desde la oscuridad me llega el tenue aroma de lo que perdí.

Epu

Dos

Sueño con lo que perdí y mis sueños me llevan hasta el gélido día en que caí sobre la nieve. Antes de caer viajaba envuelto en el calor de una bolsa de lana y, a ratos, los hombres de otra manada me echaban una ojeada y decían: «Está bien el cachorro, será un gran perro».

Mis recuerdos empiezan el día en que caí sobre la nieve, aunque a veces me llegan retazos muy breves de antes que me acercan hasta un cuerpo tibio, y entonces soy capaz de verme junto a otros cachorros tan pequeños como yo, aferrados a las fuentes de las que mana una leche tibia y sabrosa.

Esa manada de hombres cruzaba las altas montañas por pasos estrechos y oscuros que sólo ellos conocían. Montaban caballos fuertes y la carga que transportaban desprendía olores gratos a yerba mate, a harina, a carne seca; unos aromas que yo percibía mezclados con el olor ácido del sudor de los caballos.

Al subir por una pendiente me caí de la bolsa y ningún hombre de la manada se dio cuenta. El viento frío se llevó mis débiles ladridos, traté de correr tras los caballos, pero mi cuerpo se hundía en la nieve y, agotado, me eché sintiendo que todo el calor de mi piel se apagaba. La nieve empezó a cubirme. Caía con la misma suavidad que el sueño que me cerraba los ojos.

La oscuridad cubría las montañas cuando me desperté estremecido por una lengua tibia y húmeda que se deslizaba desde mis bellos hasta el rabo. Sentí cómo una nariz me olía al mismo tiempo y, desde el fondo de mi pequeña memoria de lo que aún no conocía, acudió un temor que me hizo encoger más el cuerpo, pero esa lengua tibia que me lamía alejó el miedo y, ya repuesto del frío, dejé que unos dientes poderosos me agarraran de la nuca sin hacerme daño. Fui llevado por el aire hasta una gruta y ahí mi salvador, *nawel*, el jaguar, compartió conmigo el calor de su gran cuerpo.

Así pasaron varios días. La luz se reflejaba en la nieve y yo permanecía junto a *nawel*, el jaguar. Cuando la oscuridad cubría todo lo que había fuera de la gruta, *nawel*, el jaguar, salía y más tarde regresaba con el cuerpo inerte de *chingé*, el zorrillo, o de *wemul*, el cervatillo, y comíamos su carne aún caliente.

Nawel, el jaguar, medía mi fuerza empujándome con sus zarpas o dándome golpes con la cabeza; yo me sentía seguro sobre mis cuatro patas, y hasta me atrevía a salir de la gruta a corretear sobre *pire*, la blanca nieve endurecida.

Una noche sin sombras, cuando *kuyen*, la luna, decidió compartir su luz con la nieve, *nawel*, el jaguar, volvió a agarrarme con sus dientes por la nuca y emprendimos un viaje descendiendo por las montañas.

Temeroso al ver que nos alejábamos mucho de la cálida gruta, ladré mi miedo pidiendo volver. Entonces *nawel*, el jaguar, me dejó en el suelo y rugió. Y yo le entendí.

—La montaña no es lugar para un *pichitrewa*, un cachorro de perro. Estarás mejor con los mapuche, con la Gente de la Tierra —rugió *nawel*, el jaguar, y seguimos bajando de las montañas.



Kiila

Tres

Al amanecer, los hombres de la manada desatan su furia entre sí. Se culpan unos a otros de no tener fuego y del frío que traspasa sus ropas y les entra hasta en los huesos. La luz del día llega envuelta en la niebla espesa que siempre silencia los rumores del bosque.

Uno de los hombres corta un trozo de pan y me lo arroja, pero antes de que yo pueda alcanzarlo, el jefe de la manada se adelanta y lo tira lejos de mí.

—Te he dicho que el perro debe estar hambriento.

—El indio se habrá alejado. Conoce el bosque y los montes —alega el que me lanzó el trozo de pan.

—El indio está herido y no puede haberse alejado demasiado. Y si yo digo que el indio se esconde en el bosque, es así. Suelta al perro —ordena el jefe de la manada.

Me sueltan y yo corro hasta la orilla del río, huelo, busco el olor del fugitivo entre los aromas del musgo y del liquen, entre las hojas de los alerces y de los coigües, de los ñirres y de los raulíes, que se descomponen para que crezcan las hierbas y las plantas que hacen impenetrable la espesura.

El fugitivo ha dejado un rastro fácil de seguir, está herido, así lo indican las gotas de sangre que salpican algunas hojas. Corro más rápido, me alejo de la manada de hombres, que avanzan con dificultad sorteando los árboles crecidos a la orilla misma del río, los troncos caídos y las rocas.

Los hombres de la manada aguardan mis ladridos, debo advertirles que he dado con el rastro y conducirlos hasta el fugitivo. Pero no hago nada de lo que esperan. Me echo en el suelo y lamo las gotas de humedad que se escurren por las hojas de los helechos. Así calmo mi sed e ignoro los gritos de la manada de hombres que me están llamando: «¡Perro! ¡Perro!».

El silencio de los pájaros me indica que se hallan cerca y corro alejándome del rastro del fugitivo. La niebla se disipa y todo el bosque se convierte en una espesura verde.

De la Gente de la Tierra, los mapuche, aprendí que hay muchas gamas de verde, que el verde de la hoja del alerce no es el mismo que el de la hierba, pero yo no puedo distinguir la diferencia, pues soy un perro. Si alzo la cabeza, puedo ver entre las copas de los árboles trozos de cielo gris, y guío a los hombres de la manada hasta la parte más ancha del río. Entonces los llamo ladrando varias veces y con mis ladridos les

indico que el fugitivo cruzó a la otra orilla.

—Bien hecho, perro —dice el jefe de la manada y me arroja un trozo de pan que trago de inmediato.

Estoy hambriento, las tripas vacías se me pegan a los huesos, pero no miro al jefe de la manada implorándole otro mendrugo. Ladro furioso hacia la otra orilla del río, muevo el rabo frenético, erizo los pelos del lomo sin dejar de ladrar.

—El indio está cerca, el perro lo huele —dice el jefe de la manada y me ordena avanzar a la caza del fugitivo.

Obedezco, corro, me meto en el agua, nado, cruzo el río y empiezo a correr por la orilla entre arbustos y gruesos troncos alejándome más del rastro. La manada de hombres me sigue, siento sus respiraciones alteradas, sus pasos torpes, cruzan el río con el agua hasta la cintura, cargados con sus armas de matar y todo lo que llevan. Continúo corriendo y con mis ladridos los animo a seguirme. Cuando dejo de oír sus voces y las maldiciones que sueltan, ladro con más fuerzas. Sé que el jefe de la manada no les permitirá detenerse y reposar, los obligará a seguir y ninguno se rezagará, pues temen al fugitivo, al bosque, a los rumores que llegan de la espesura. El miedo los une y avanzan en una inseparable manada.



Me encuentro en una amplia playa de guijarros y huelo el aire, no puedo distinguir los tonos del color verde, pero hasta mi olfato llegan los aromas de todo lo que crece a mi alrededor. Así busco el olor que quiero, y al sentir que me llega al olfato, ladro para animar a los hombres de la manada.

Avanzo sin dejar de ladrar hasta que llego a lo que crece y no da ni semillas ni frutos. La Gente de la Tierra y del bambú, los que no son Gente de la Tierra, lo llama

koliwe.

Avanzo por el cañaveral alejándome de la orilla, casi voy arrastrando el cuerpo para evitar las ramas bajas, delgadas y elásticas, y de hojas duras, que podrían dañar mis ojos. Sé que el avance de la manada de hombres se ha tornado muy difícil, pues el *koliwe* crece apretado, sus varas apenas dejan espacio para que las atraviesen los hombres, y éstos cargan un lastre que los fatiga y ofusca. Cuando casi no llegan ya a mis oídos sus «¡Perro! ¡Perro!», ladro con mayor ímpetu y furia, como si tuviera la presa al alcance de los dientes.

Me echo y espero. Sé que mis ladridos los animan y que cada dificultad acrecienta su odio al fugitivo. Así espero hasta que los siento cerca y, moviéndome con sigilo, paso cerca de ellos desandando el camino hecho y regreso hasta la orilla del río.

«¡Perro! ¡Perro!», gritan los hombres de la manada sin saber hacia dónde avanzar entre las apretadas varas de *koliwe*.

Meli

Cuatro

En el río, luego de beber el agua fresca que corre entre las piedras cubiertas de musgo, busco de comer, pues necesito comer, hacerme fuerte.

No me cuesta cazar a *tunduku*, el ratón de las montañas, lo degüello de un mordisco, pero antes de comérmelo recuerdo lo que aprendí de la Gente de la Tierra y gruño suavemente: «Así como *che*, el hombre, pide perdón a *aliwen*, el árbol, antes de talarlo, y a *ufisa*, la oveja, antes de quitarle la lana, yo te pido perdón, *tunduku*, por saciar mi hambre con tu cuerpo».

Como rápido, pero no más de lo necesario, y el cálido cuerpo de *tunduku* me entrega su calor y su energía. Lo que queda será un festín para *ñamku*, el aguilucho; y alguna vez, mientras éste vuela en el amplio cielo, *tunduku* se alimentará de sus huevos.

Al emprender nuevamente la búsqueda del rastro del fugitivo, un ruido estremece el bosque. Es *tralkan*, el trueno, que anuncia la tormenta. Sé que será difícil dar con el rastro mientras caiga la lluvia, pues *mapu*, la Tierra, abrirá todos su poros agradecida y no se percibirá más que el olor de su contento.

Busco refugio bajo un grueso tronco y ahí me tumbo. Entonces pienso por qué el olor del fugitivo me recuerda todo lo que perdí. Y pensando con dolor en lo que perdí me duermo mientras la lluvia cae sin cesar. Entonces sueño.

Sueño que estoy junto a un fuego que me sume en una plácida somnolencia. Junto al fuego hay otras gentes, hombres, mujeres y niños que escuchan al que habla mientras comen los frutos del *pewen*, la altísima araucaria. Hablan de mí.

«Según cuentan los mayores, *nawel*, un jaguar fuerte y ágil, bajó desde la cordillera de *Nawelfüta*, su hogar, pues, no en vano, *Nawelfüta* significa “jaguar grande” en mapudungun, la lengua de la Gente de la Tierra.



»Todo ocurrió una mañana muy fría y cubierta por una niebla tan espesa que impedía ver las ramas de los árboles y las cumbres de las montañas nevadas, y apenas permitía adivinar el sendero que llevaba hasta las *rukas*, las casas mapuche levantadas a orillas del gran lago. Cuentan también que, pese a la presencia del jaguar, los perros no ladraban por más que la Gente de la Tierra, temiendo por sus ovejas, los azuzaran gritando: “¡Trewa! ¡Trewa!”, “¡Perro! ¡Perro!”. Pero esa mañana de niebla, y a pesar de

los gritos, los nobles perros, que no temen a *nawel*, el jaguar, permanecieron quietos, cabizbajos, hasta que el gran felino de la cordillera se acercó hasta la primera *ruka* y, frente a la puerta orientada hacia la *puelmapu*, la tierra del este, depositó con suavidad la carga que sostenía en sus fauces. Luego *nawel*, el jaguar, rugió y se perdió en la niebla».

«Eso fue lo que ocurrió», dice otro de los que hablan en mi sueño. «En la *ruka* vivía Wenchulaf, un anciano que, fiel al significado de su nombre —hombre feliz—, se encargaba de entretener a los niños en el *ayekantun*, la cita diaria para escuchar alegres historias y cánticos que hablaban de otros tiempos que nunca debían ser olvidados, porque en esas historias y cánticos transmitidos de padres a hijos latía el orgullo de ser mapuche, de ser Gente de la Tierra.

»Alarmado por los gritos, Wenchulaf salió de la *ruka*, se inclinó, tomó en sus manos el pequeño cuerpo de color oscuro, lo acarició y anunció que era un *pichitrewa*, un cachorro de perro.

»Toda la comunidad rodeó a Wenchulaf y el extraño regalo dejado por *nawel*, el jaguar. Unos decían que esa mañana, pese a no soplar viento de tormenta, había bajado desde las altas montañas *kallfütray*, el ruido del cielo; y otros opinaban que tal vez el cachorro era un regalo de *wenupang*, el león del cielo.

»Wenchulaf los invitó a callar.

»—Lo que importa es que el cachorro tiene frío y hambre —dijo—, y como todo lo que nos da *ngünemapu*, el espíritu de la Tierra, es para nuestro bien, yo lo acojo con gratitud».

En mi sueño siento el calor de los brazos de Wenchulaf, y hasta la memoria de mi olfato llegan los olores de la *ruka*: a humo de leña seca, a lana, a miel y a harina.

En mi sueño y en la semioscuridad de la *ruka* veo a Kinturray, cuyo nombre significa «la que tiene una flor». Ella amamanta a un cachorro de hombre y, al verme, echa de su generosa leche en un cuenco y me llama.

Mientras lamo esa leche, alguien dice:

—Tienes un buen perro, Wenchulaf, esperemos que sea un noble pastor para tus ovejas.

Y el viejo mapuche responde:

—No es mi perro, es el compañero de mi nieto Aukamañ —cóndor libre—. Nunca sabremos dónde lo encontró *nawel*, el jaguar, ni qué ocurrió con su madre, pero sabemos que este cachorro ha sobrevivido al hambre y al frío de la montaña. Este cachorro ha demostrado lealtad con *monwen*, la vida, no ha cedido a la cómoda invitación de *lakonn*, la muerte, y por eso se llamará *Afmau*, que en nuestra lengua significa leal y fiel.

Kechu

Cinco

La lluvia sigue cayendo sin pausa y en mi refugio espero a que cese. Me gusta la lluvia, siempre renueva las cosas. A veces, cuando vivía con todo lo que perdí, sentía el abrazo de Aukamañ mientras la tormenta retumbaba en la noche. El pequeño cachorro de hombre se sentía seguro junto a mí, y yo agradecía a la lluvia la confianza de mi *peñi*, de mi hermano.

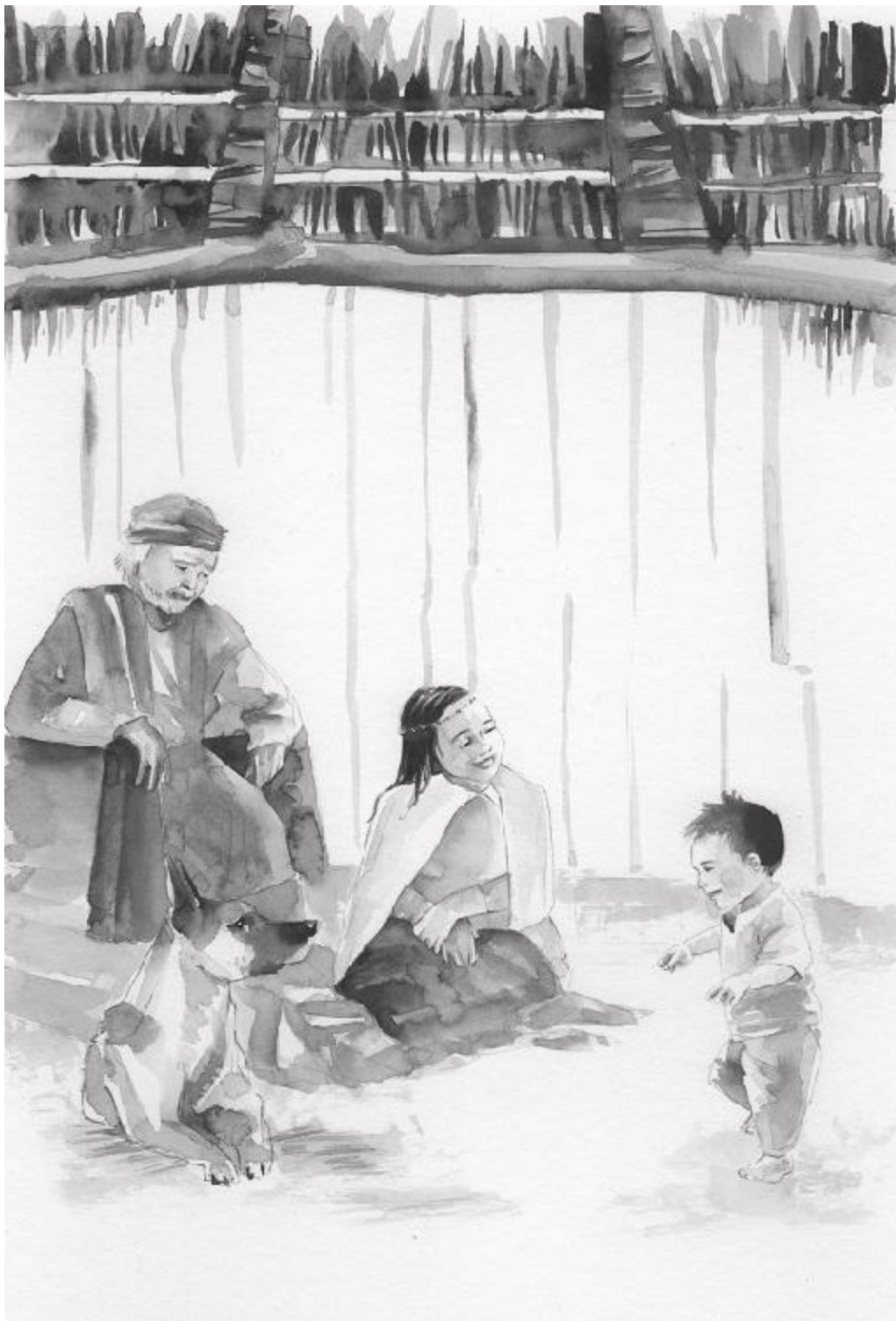
Me gustaba el cachorro de hombre. Sobre todo me gustaba verlo sostenerse sobre sus piernas y dar los primeros pasos entre el alborozo de Kinturray y el viejo Wenchulaf. Pero lo que más me gustaba era estar alerta cuando *alka*, el gallo, cantaba y despertaba a *antü*, el sol, porque enseguida los humanos abandonaban sus lechos de pieles de oveja.

—*Mari mari chaw*, buenos días, padre —se oía la voz de Kinturray saludando a Wenchulaf.

—*Mari mari ñawe*, buenos días, hija —respondía la voz siempre amable del viejo, y luego agregaba—: *Mari mari kompu che*, buenos días a todos. —Y se echaban a reír, porque ese saludo nos incluía por igual a Aukamañ y a mí.

Mientras el agua y la leche se calentaban, Kinturray echaba dos puñados de trigo en una callana de fierro y la movía sobre el fuego para tostar esos granos que entregaban el primer aroma del día. Luego molía los granos tostados en un molinillo de mano, vertía la harina en un cuenco, agregaba miel y leche, y dividía el fragante ulpo en dos porciones que Aukamañ y yo devorábamos hasta saciarnos.

Juntos crecimos durante los breves veranos y los largos inviernos australes. Juntos aprendimos del viejo Wenchulaf que la vida se debe tomar con gratitud. Así, por ejemplo, el pequeño Aukamañ y yo lo mirábamos con respeto cuando tomaba la hogaza de pan y, antes de cortar las rebanadas para Kinturray y para él, agradecía al *ngünemapu* ese *kofke*, el alimento ofrecido por la Tierra.



Durante los veranos salíamos con el viejo para alegrar, nombrándolos con gratitud, a los arroyos y a las cascadas, para alegrar al bosque y a sus senderos, a los peces y a los pájaros, para alegrar a todo lo que vive, porque los mapuche, la Gente de la Tierra, sabe que la naturaleza se alegra con su presencia, y lo único que pide es que se nombren sus portentos con palabras bellas, con amor.

En los inviernos sentíamos cómo arreciaban la lluvia y el granizo. También oíamos

la silenciosa caída de la nieve, felices bajo el cálido abrigo de la *ruka* y por el fuego siempre encendido. Y en los días de espesa niebla, Wenchulaf nos decía que esa niebla era un manto dichoso que cubría a *mapu*, la Tierra, y que ésta preparaba los regalos que nos ofrecería apenas se retirase el frío a su morada, en las altas montañas.

Aukamañ y yo crecimos escuchando al viejo Wenchulaf. Nos contaba que en octubre, en el *longkon kachilla küyen* —el mes de las espigas y quinto de los trece meses del año mapuche—, cuando el sol ya calienta y el *ngünemapu* ordena que las ramas de los *walle*, de los altos robles, se llenen de *diweñes*, los dulces hongos que tanto nos gustaban, él enseñaría al cachorro de hombre a lanzar un trozo de luma, esa madera durísima que golpea las altas ramas sin dañarlas, para que cayesen los *diweñes* como una lluvia de miel.

—Pero tendremos que cuidar a *Afmau* para que no se los coma todos —indicaba el siempre risueño Wenchulaf, mientras es cardaba lana de oveja y, a su lado, Kinturray la hilaba en la rueca.

Aukamañ, el cachorro de hombre, era curioso y no cesaba de hacer preguntas al padre de su madre.

—¿Y los piñones, *chedki*? —preguntaba—. ¿Me enseñarás también cómo conseguir que caigan los piñones?

Wenchulaf siempre tenía una respuesta y explicaba que, para disfrutar de los piñones, hay que esperar a que *antü*, el sol, se canse de brillar tanto en el cielo y el *ngünemapu* le ordene reposar.

—Será en marzo o abril, en el *ngülliw küyen*, el mes de los piñones y décimo mes del año mapuche, cuando las altas araucarias prodiguen el regalo de sus sabrosos frutos. Pero hay que tener paciencia, *pichiche* —decía Wenchulaf—. ¿Te he contado que en el comienzo de la vida las araucarias daban frutos durante todo el año? Pero eran frutos sin sabor y secos. Entonces el *ngünemapu* habló con las araucarias y les aconsejó ser pacientes, muy pacientes, y por eso las altas araucarias dan frutos solamente cuando alcanzan la edad de un hombre viejo. Tú, *Afmau* y yo haremos un viaje hasta las tierras de nuestros *peñi*, de nuestros hermanos los *pewenche*, la Gente del Pewen, que es el nombre que *ngünemapu* ha dado a la araucaria, y ellos nos contarán más historias del gran árbol, de sus frutos y de las tierras al pie de la cordillera.

Más allá del acogedor calor de la *ruka* caía la lluvia buena del sur del mundo, que se helaba cubriendo el suelo con un espejo de escarcha; o la nieve lo tapaba todo con un manto que invitaba a seguir escuchando al viejo junto al fuego.

Kayu

Seis

Ha cesado la lluvia y el bosque recupera todos sus olores. Me dispongo a retomar la búsqueda del rastro del fugitivo, pero oigo unas voces que me alarman. La manada de hombres ha salido del cañaveral de *koliwe* y regresan. Los veo cruzar el río crecido por la lluvia.

Maldicen la desgracia de estar empapados y los rasguños que se han hecho. Se les nota furiosos y agotados. Entre las voces se impone la del jefe de la manada, que los llama cobardes y les repite que sólo están persiguiendo a un indio, y que además está herido.

Yo confiaba en que permanecerían en el cañaveral y tardarían en encontrar una salida. Me reconforta saber que la lluvia ha borrado las huellas del fugitivo que ellos podrían descubrir, me adentro en el bosque dando un rodeo para que no me vean y así poder acercarme a los que dicen ser mis amos, una vez que se hayan instalado a pasar la noche.

Llego hasta ellos cabizbajo y con el rabo entre las patas. Me acerco sumiso hasta el jefe de la manada y recibo los latigazos que me propina como castigo.

—¡Maldito perro! —exclama mientras me azota y ata a mi cuello la cadena.

—No le pegues más, el perro nos guio bien y no tiene la culpa de que el indio se mueva mejor que nosotros —dice uno de los hombres de la manada.

—¡No te metas! Yo sé cómo tratar al perro —grita el jefe de la manada y me da una patada antes de dejarme en paz.

Me alejo de ellos todo lo que me permite la cadena, me echo y, desde donde estoy, los veo ateridos, tiemblan de frío, algunos declaran sentir fiebre y hambre, mucha hambre. Intentan, inútilmente, encender un fuego, pero la lluvia no ha dejado ni una astilla seca.

Se culpan entre ellos por lo lento que avanzan, maldicen el tiempo, la lluvia, el cañaveral, el bosque, el cielo..., y maldicen tanto que el *ngünemapu* se ofende y hace rugir a *tralkan*, el trueno, antes de descargar una nueva tormenta.

Los hombres de la manada se agrupan cerca de los árboles, se cubren con capas de hule y tratan de darse calor unos a otros. Tan sólo el jefe de la manada, aferrado a su arma de matar, vigila mirando hacia la espesura sin ver más que sombras que no entiende.

Yo huelo la desesperación de la manada. Huelo el miedo, el hambre, el asco que sienten al devorar trozos de pan mojado que se deshace en sus manos.

Echado, recibo la lluvia y me repongo de los golpes. Oscurece muy pronto. Siento dolor, es cierto, pero no estoy triste, y así me lo dice *küdemallü*, la luciérnaga, que pese a la lluvia ilumina con su diminuta luz verde.

Los hombres de la manada no la ven, pero ella se posa en mi nariz dispuesta a entregarme su pequeño calor.

Küdemallü quiere que la mire fijamente para recordarme, de esa manera, que el rastro del fugitivo huele a leña seca, a harina, a miel, a todo lo que perdí.

Cierro los ojos y su brillo verde traspasa mis párpados, los llena de una luz intensa, y en esa luz me veo junto a Aukamañ y Wenchulaf. Hay también otros cachorros de hombre, todos Gente de la Tierra, felices de asistir al *ayekantun*, el encuentro para aprender con alegría, porque el viejo mapuche habla del inicio de todas las cosas.

Aukamañ tiene nueve años, y yo tal vez tenga la misma edad. El niño acaricia mi cabeza mientras escucha al *chedki*, al padre de su madre, que haciendo sonar el *kultrun*, el pequeño tambor circular de los cánticos, rogativas y narraciones importantes, les habla del terrible duelo mantenido por dos serpientes, *Trengtreng Filu* y *Kaykay Filu*, para decidir cuál de las dos merecía reinar sobre todas las cosas. Pero la lucha fue ardua y prolongada, tanto que al final, cansadas, decidieron que *Trengtreng Filu* reinaría sobre los mares y *Kaykay Filu* sobre la tierra firme, los montes y los volcanes. Eso les está narrando Wenchulaf a los niños mapuche cuando es interrumpido por las voces de alarma que llegan desde las *rukas*.

Un vehículo se acerca, se detiene, de él se baja una manada de hombres. Son *wingkas*, extraños, no son Gente de la Tierra, y llevan armas de matar.

El jefe de la manada se dirige a Wenchulaf y le pregunta si él es el *longko*, el que más sabe, el que enseña y aconseja, el que guía a la Gente de la Tierra.

Wenchulaf ordena a los niños que se pongan a su espalda, y en la lengua de los *wingkas* contesta que sí, que él es Wenchulaf el *longko*, y que por sus venas corre la sangre del gran Kallfukura.

Los *wingkas* hacen gestos despectivos. Nada saben de la Gente de la Tierra. Ninguno de ellos habla *mapudungun*. Nunca oyeron el nombre de *Kallfukura* —Piedra Azul—, el gran *longko* cuya sola mención hizo temblar de miedo a miles de *wingkas* a los dos lados de las grandes montañas, a ambas orillas de los dos grandes océanos.

El jefe de la manada de *wingkas* le enseña una hoja de papel y dice que en esa hoja de papel se ordena que la Gente de la Tierra abandone el poblado, sus casas, sus tierras, sus bosques, sus ríos, sus lagos, sus quebradas, sus frutos, su harina, su leche y su miel.

Wenchulaf responde que el suelo que pisan y todo lo que ven es del *ngünemapu*, y que la Gente de la Tierra no se irá, y agrega con una voz que nunca antes habíamos escuchado en él, muy diferente a la dulce y tranquila voz de sus narraciones y sus cánticos:

—Hace mucho, mucho tiempo, vinieron *wingkas* del norte, de la *pikun mapu*, la tierra de la mala suerte, y luchamos, vencimos y los expulsamos. Luego vinieron *wingkas* del oeste, de la *lafken mapu*, la tierra de los espíritus del mal, ellos trajeron tu lengua de *wingka* y tu dios, y luchamos, los vencimos y los obligamos a aceptar la paz. Vete y di a tu *longko* que la Gente de la Tierra no se irá.

Y éstas son las últimas palabras que Aukamañ, los niños mapuche y yo escuchamos al anciano, porque entonces el jefe de la manada de *wingkas* alza su arma de matar y la sangre de Wenchulaf escapa a raudales de su pecho y se une a la *wallmapu*, a la patria de la Gente de la Tierra.

La luz verde de *küdemallü*, la luciérnaga, humedece mis ojos cerrados, pero aun así veo al *wingka* que me toma del cuello, también veo a Aukamañ, que abraza a su abuelo caído y se incorpora para defenderme, mas el *wingka* es fuerte y lo hace rodar por el suelo de un golpe en la cara.

—Es un perro de raza, un pastor alemán. ¿Dónde diablos habrán robado este perro los indios? —dice el *wingka*.

Ése fue el día en que lo perdí todo, le digo desde el fondo de mis ojos a *küdemallü*, la luciérnaga, y su luz verde me contesta que no sólo fui yo el que lo perdió todo ese día.

Veo a la Gente de la Tierra, entre ellos a Aukamañ y Kinturray, alejándose pesarosos del poblado en llamas, vigilados por *wingkas* con armas de matar, y veo cómo grandes bestias de metal arrasan el bosque y derriban a *lemu* y toda su grandeza. Caen los robles generosos de *diweñes* y los robustos alerces, las araucarias y el sagrado *foike*, el siempre verde canelo. Todo cae.

—¡*Afmau!* ¡*Afmau!* —grita Aukamañ, y su voz es lo último que pierdo.

Bajo mis párpados, la luz verde de *küdemallü*, la luciérnaga, me dice:

—Tienes muchos años en tu cuerpo maltratado, casi el doble de los años que tenías cuando los *wingkas* te alejaron de Aukamañ, pero el *ngünemapu* ha decidido que vivas hasta que lo encuentres y lo ayudes.



Regle

Siete

El día que los *wingkas* me quitaron todo lo que me proporcionaba alegría empezaron los años del dolor y las golpizas.

Me llevaron a rastras hasta un territorio triste, no había aromas amables, no había bosques, sino unos árboles de sombra incierta y que ellos llaman pinos. Ningún pájaro anidaba en sus ramas, ningún animal se movía al pie de sus troncos, y hasta *piru*, el gusano, evitaba asomar su cuerpo entre las aceitosas hojas que cubrían el suelo.

Los *wingkas* son seres de costumbres extrañas, no sienten gratitud hacia todo lo que hay. Al cortar el pan lo hacen sin respeto, sin agradecer al *ngünemapu* por ese alimento, y cuando sus bestias de metal talan el viejo bosque de siempre, no sienten el dolor de *lemu*, ni le piden perdón por lo que hacen.

Para ellos, desde el momento en que se me llevaron del caserío mapuche, yo debía de ser un perro especial, nunca he sabido por qué debía de ser diferente a los otros perros. Es cierto que soy grande y veloz, pero mi carne sufre como la de los demás al recibir los latigazos y también me humilla la jaula en la que me encierran, y también me hiere la cadena que atan a mi cuello.

Quisieron darme nombres extraños como *Capitán* o *Boby*, mas jamás obedecí a tales nombres y empezaron a llamarme «perro». Mi único nombre es *Afmau*, porque así me llamó la Gente de la Tierra.

Más tarde quisieron que me enfrentara a otros perros en combates que ellos celebraban bebiendo un agua turbia que los torna torpes y brutales. Me enfrenté a los otros perros cautivos pero sin atacarlos. Recordaba los movimientos lentos, sigilosos de *nawel*, el jaguar, y los repetía mirándolos a los ojos y enseñando los colmillos. Mis tristes compañeros de cautiverio bajaban la cabeza y se alejaban con el rabo entre las patas. Entonces los *wingkas* nos azotaban, a ellos llamándoles cobardes, y a mí por infundirles temor.

Pasé varios veranos cortos, con sus respectivos e interminables inviernos, en la jaula, o atado a alguna de las bestias de metal que arrasaban los bosques, sin otra misión que ladrar ante la presencia de hombres ajenos a la manada, hasta que un día ocurrió algo que hizo más llevadero mi cautiverio.

Un *wingka* de la manada se hizo con algo, no sé qué sería, al parecer muy importante para ellos, y huyó entre la plantación de pinos. El jefe de la manada ordenó:

«¡Traigan al perro!», y me frotó la nariz con la manta del que había huido. Olía a sudor rancio, a miedo, al agua turbia que los *wingkas* beben, y no me fue difícil dar con el rastro. Los conduje hasta él dando rodeos, pude haberlo hecho en poco tiempo, mas descubrí que esa pequeña libertad devolvía la elasticidad a mis músculos, la agudeza a mis ojos, a mis orejas; y a medida que me alejaba de la plantación de pinos regresaban a mi olfato los olores conocidos.

A partir de ese hecho, de la captura de ese hombre, el jefe de la manada decidió que yo era su perro y ya no volví a la jaula ni a estar encadenado junto a alguna bestia de metal.

Debía permanecer siempre junto a él. Gritaba: «¡Perro, siéntate!», y yo me sentaba. «¡Perro, ataca!», y yo enseñaba los colmillos. A veces el jefe de la manada y otros *wingkas* salían de las plantaciones de pinos y se internaban en el viejo bosque. Llevaban sus armas de matar, disparaban y yo tenía que correr en busca de la presa abatida. Y cuando las encontraba y me hallaba frente a los cuerpos heridos, gruñía: «Te pido perdón, *yarken*, la lechuza», «Te pido perdón, *wilki*, el zorzal», «Te pido perdón, *sillo*, la perdiz», «Te pido perdón, *maykoño*, la tórtola, por la conducta de los *wingkas*, que matan todo lo que vuela», y destrozaba sus cuellos con mis colmillos para evitarles la dolorosa agonía.

Fui el perro. El perro del jefe de la manada de *wingkas*, de los que no son Gente de la Tierra. El perro capaz de seguir un rastro y de cobrar presas en las cacerías. El perro que se alimentaba de las sobras y sentía cómo los inviernos se le metían en los huesos, cómo el cansancio de una vida que ha de durar lo que el *ngünemapu* decida se apoderaba de él.

El día en que el jefe de la manada dijo que tenían que cazar a un indio me sentía viejo y cansado.

—¿Por qué? ¿Qué nos ha hecho ese indio? —consultó un hombre.

—Porque es un indio listo, de los que saben leer y escribir. Es muy joven, pero anda soliviantando a los mapuche, los anima a recuperar sus tierras —contestó el jefe de la manada.

—Para eso está la policía. Nosotros cumplimos expulsándolos de sus casas y ahora nuestro trabajo es cuidar las plantaciones madereras —alegó el otro hombre de la manada.

—Escúchame bien. Ese indio vio cómo matamos al *longko* Wenchulaf. Es un testigo, y si un día alguien investiga lo que pasó, ese joven indio al que llaman *longko* Aukamañ nos puede acusar y terminaremos en la cárcel. Por eso debe morir —dijo el jefe de la manada.

Yo oí el nombre de Aukamañ y sentí que la sangre corría veloz por mis venas, que

mis huesos recuperaban solidez, que mis pasos podían llevarme hasta el joven que fue mi *peñi*, mi hermano, cuando los dos no éramos más que un *pichiche* y un *pichitrewa*, unos cachorros de hombre y de perro.

Al día siguiente, la manada de *wingkas* cargó en una camioneta sus armas de matar, comida, el agua turbia que los torna brutales y otros menesteres. Yo viajé con el cuerpo encogido en una jaula, pero no me importó.

Luego de un largo trayecto por caminos accidentados, el vehículo se detuvo en las laderas de un monte. Todo olía como antaño, el bosque cercano y la vegetación eran una fiesta de aromas, y también me llegaba el grato olor de la leña seca ardiendo. Muy cerca corría un río y, junto a él, había un caserío de la Gente de la Tierra. Las *rukas* se alineaban con las puertas principales orientadas hacia la *puelmapu*, la tierra del este, desde donde cada día se alza *antü*, el vie jo sol.

La manada de *wingkas* empezó a bajar por el monte con sigilo. El jefe de la manada sostenía con fuerza la cadena con que me llevaba atado al cuello, tiraba de ella para recordarme el poder de su crueldad. Entonces lo vi.

Rodeado por un pequeño grupo de hombres y mujeres mapuche, un grupo de Gente de la Tierra, estaba el joven, que se cubría con el *makuñ*, el poncho negro y rojo —los colores de la nobleza y el valor—, tejido tal vez, así quise creerlo, por las manos de su madre Kinturray. En la cabeza llevaba una vicha de iguales colores, y se movía con los mismos gestos de su abuelo Wenchulaf.

Aukamañ ya era un *che*, todo un hombre joven, y yo un *trewa*, un perro con mucho tiempo metido en el cuerpo.

El jefe de la manada de *wingkas* entregó a otro hombre la cadena que me sujetaba y levantó su arma de matar.

Entonces yo ladré con todas mis fuerzas y el disparo alcanzó a Aukamañ en una pierna. Lo vi caer y volver a levantarse. Avanzó cojeando hasta el cercano bosque. *Lemu* lo cobijó en su oscuridad verde y no lo vimos más.

En el suelo había sangre. Olía a la leña seca ardiendo que guardaba en mi memoria, a pan, a harina, a leche y a miel.

Así empezó la cacería que se ha prolongado hasta el anochecer, muy cerca de la orilla en la que, junto a la manada de *wingkas*, espero con las orejas alerta.



Pura

Ocho

Amanece y sigue lloviendo. No sé si he dormido y he soñado todo lo que *küdemallü*, la luciérnaga, me mostró, o si he soñado que dormía. Me siento fuerte y olvido el hambre, porque antes de abrir los ojos veo la tenue luz verde de mi hermana la luciérnaga brillando todavía bajo mis párpados.

El jefe de la manada de *wingkas* ordena que prosiga la cacería, que se revisen las armas de matar, que esta vez se cargue solamente el peso necesario para avanzar rápido, y reparte entre ellos unas botellas del agua turbia que los hace crueles.

—Al cañaveral no volvemos —rezonga un hombre de la manada.

—Lo rodearemos. Ya sabemos que el indio cruzó el cañaveral y sólo puede estar en el bosque de más arriba. Cuanto más suba, menos árboles habrá y antes lo veremos —dice el jefe de la manada.

El jefe de la manada tiene razón a medias. Ignora que Aukamañ, el fugitivo, no atravesó el cañaveral de *koliwe*, el rastro encontrado dice que lo vadeó y siguió hacia los bosques altos. Pero es cierto que, más arriba, el bosque deja de ser espeso y la presencia del gigantesco *pewen*, la altísima araucaria, indica que a partir de su reino empiezan las rocas, los glaciares, la casa azul de *ñamku*, el aguilucho, de *këlikëli*, el cernícalo, de *mañke*, el cóndor, de *wenupang*, el león del cielo.

Una vez más cruzo el río, nado, alcanzo la otra orilla y corro hacia la playa de guijarros y el cañaveral. No corro veloz, ahorro fuerzas, pues sé que me espera un largo camino. Llego al cañaveral, espero hasta sentir cerca los pasos de la manada de *wingkas*, simulo buscar el rastro oliendo el suelo, ladro y me interno entre las apretadas varas de *koliwe*. Ahí me oculto y espero.

Al poco tiempo oigo sus voces, sus maldiciones, sus quejas.

—El perro ha encontrado el rastro. Adelante, a rodear el cañaveral —ordena el jefe de la manada, y los veo pasar siguiendo el curso del río.

Sé que caminarán mucho hasta alcanzar los límites del cañaveral. Las cañas se expanden por la ribera húmeda, y aunque su espesura no se prolonga tanto como la del bosque infinito en la tierra plana, la manada de *wingkas* tendrá que avanzar fatigosamente hasta encontrar el paso hacia el bosque y el inicio de las montañas.

Sin moverme, espero hasta que se hayan alejado y regreso por la orilla del río hasta el lugar donde viera las huellas de Aukamañ, el fugitivo.

Ya no hay rastro de sangre, ya sea porque la lluvia lo ha borrado o porque *kollalla*, la hormiga, ha transportado las gotas de sangre seca hasta el laberinto del hormiguero. Puede ser, también, que la herida ya no sangre, y pensar en eso me conforta, pues aunque Aukamañ y yo tenemos la misma edad, él es joven, fuerte, y su cuerpo se puede reponer con rapidez.

En el bosque reina una semioscuridad, y *tralkan*, el trueno, deja sentir su rugido varias veces anunciando que la tormenta será larga. Esto también me alegra, pese a que hace más difícil encontrar el rastro de Aukamañ, porque torna más dura y fatigosa la marcha de la manada de *wingkas*.

Así avanzo entre *pellin*, el roble de madera roja; *nguefü*, el avellano de hojas fragantes; *rewli*, el raulí de corteza dura como la piedra, y *foike*, el sagrado canelo que siempre está verde. Desde las alturas, tan sólo se deja oír el canto de *trikawe*, el loro, entre el rumor de la lluvia.

Mis tripas se quejan de hambre, pero ignoro su protesta. A ratos bebo el agua fresca que cae desde las enormes hojas de nalca y sigo con la nariz casi pegada al suelo. De pronto me llega el reconfortante olor de la lana, busco, y entre las ramas bajas de *raral*, el nogal silvestre que crece a la sombra de los grandes árboles, veo una brizna de lana negra.



Esa pequeña brizna de lana huele a leña seca, a harina, a leche y a miel, huele a todo lo que perdí. Entonces, sentado sobre mis patas traseras, aúllo con todas mis fuerzas, aúllo para que Aukamañ sepa que estoy cerca y que voy a su encuentro. Aúllo porque la voz del dolor jamás se olvida.

Aylla

Nueve

Aukamañ se guarece de la lluvia bajo un árbol caído. Ha colocado encima unas hojas de nalca, pero aun así el agua de la lluvia se cuela y lo moja.

Me acerco lentamente para que no vea en mí una amenaza, para que no piense que soy un mandado de los *wingkas*, para que me reconozca.

Alarmado, el joven se pone de rodillas y en su mano brilla un puñal. No huele a miedo, conozco ese repugnante olor, y me acerco hasta que baja la mano que empuña el arma.

—*¡Afmau!* —exclama Aukamañ y me abraza.

Por toda respuesta lamo su rostro y siento el sabor salado de sus lágrimas.

Me aprieta entre sus brazos y, en la lejana lengua de la Gente de la Tierra, me dice que nunca me olvidó, que siempre supo que algún día volvería.

Es mi *peñi*, mi hermano. Soy su *peñi*, su hermano. Aukamañ toca mi vientre, palpa mi hambre, de la bolsa de lana tejida con los colores del valor y la nobleza saca harina tostada, con el agua pura de la lluvia mezcla una papilla y, haciendo de sus manos un cuenco, me da de comer. Antes de saciar mi hambre agradezco al *ngünemapu* ese alimento que primero fue espiga, luego grano que unas manos tostaron y molieron.

Aukamañ no deja de abrazarme, y me dice que debemos salir de ahí antes de que escampe. Habla de nosotros, de él y de mí unidos como antes, y esta vez para siempre. En ese momento veo la sangre seca que tiene en la pierna derecha.

Él mismo se ha rasgado el pantalón y ha colocado un emplasto de musgo sobre la herida.

—No es una herida grave, *Afmau*. Tu ladrido consiguió que el *wingka* fallara al disparar —dice, y hace amago de incorporarse.



El olor de la herida me revela que pronto será atacada por *püllomeñ*, el moscón azul que deja sus larvas en las heridas de hombres y animales. Cuando el moscón ataca, provoca fiebre e infección. Sé que debo hacer algo y apoyo mis dos patas delanteras en su pecho y empujo para evitar que se ponga de pie.

—¿Qué haces, *Afmau*? Tenemos que salir de aquí mientras dure la tormenta —dice sorprendido, mas yo no ceso de empujar con mis patas para que permanezca como está.

Aukamañ me mira a los ojos. Hay confianza en su mirada, sabe que no lo abandonaré y que en mi cabeza de perro hay una idea que sólo puedo explicar con gestos y movimientos, porque, en el comienzo de los tiempos, el *ngünemapu* dispuso que los animales y los hombres no se entendieran hablando, sino a través de los sentimientos expresados con la forma de mirar. ¿Quién no advierte la tristeza en los ojos de *kawell*, el caballo, que luego de ser domado todavía siente su pérdida de libertad bajo los cascos? ¿Quién no percibe la pesadumbre en la mirada de *mansum*, el buey, atado al yugo y alejado de la pradera? ¿Quién no percibe su pequeñez al mirar las pupilas de *mañke*, el cóndor, soberano del cielo más alto?

Mantengo la mirada fija en los ojos abiertos de mi *peñi*, mi hermano, que brillan como dos luces negras bajo la vicha tejida con los colores del valor y la nobleza, el adorno del *longko*, del que más sabe, del que enseña y aconseja.

—Está bien, *Afmau*. Aquí me quedo —dice Aukamañ, y yo emprendo el regreso hacia el río, hacia el lugar donde la manada de *wingkas* dejó cosas que no podía cargar.

Sigue lloviendo y me alegro de que así sea. Que *tralkan*, el trueno, toque su tambor terrible, pues la tormenta no asusta al que creció entre la Gente de la Tierra.

Mari

Diez

La manada de *wingkas* ha dejado varias bolsas cubiertas con las capas de hule que usan para protegerse de la lluvia. Comienzo a desgarrarlas con las patas y los colmillos, encuentro botellas del agua turbia que los torna brutales, pan húmedo, munición para sus armas de matar. Sigo desgarrando, rompiendo bolsas hasta que finalmente doy con la caja adornada con una línea vertical cruzada por otra horizontal.

La levanto sujeta entre los dientes, no pesa demasiado y podré llevarla sin mayor esfuerzo, pero antes de regresar hasta el lugar donde Aukamañ me espera destrozo todas las bolsas.

Sé que la lluvia arruinará los pertrechos de la manada de *wingkas*, que eso les causará una ira enorme y provocará que se odien unos a otros; y para que el daño sea mayor llevo hasta el río una a una las botellas del agua turbia que los torna brutales. Sin esa agua turbia y sin pertrechos tendrán que largarse, y yo guiaré a Aukamañ hasta el país de los *pewenche*, que curarán su herida.

Pienso en eso mientras la euforia con que destrozo hace que me descuide, y cuando mis orejas captan la presencia de los *wingkas*, ya es demasiado tarde.

—¡Maldito perro! —grita uno de ellos.

Son dos, nadie los sigue. Uno se apoya en su arma de matar, pues se ha dañado un pie y apenas se sostiene. El otro levanta su arma de matar y yo me abalanzo encima de él.

El disparo produce un ruido tan poderoso como el rugido de *tralkan*, el trueno, yo siento un golpe atroz en el pecho, que sin embargo no me detiene, y mis dos patas delanteras chocan con el *wingka*, que se cae al río, pierde su arma de matar y echa a correr por la orilla. Entonces siento un profundo dolor que me derriba, y la sangre que mana de mi pecho se une al agua que baña los guijarros.

El otro *wingka* también ha huido. Lo veo alejarse cojeando, descargando el peso en su arma de matar, que se hunde en el lodo de la orilla.

Una voz que me reclama desde un lugar que mis orejas no pueden precisar me ordena que olvide a los *wingkas*, que me levante y agarre entre los dientes la caja marcada con una línea vertical cruzada por otra horizontal, y vaya hasta el refugio de Aukamañ.

Tal vez sea la voz de *lemu*, el bosque protector. Tal vez sea la voz del *ngünemapu*

recordándome que me llamo *Afmau* —leal y fiel— y que debo ser digno del nombre que me dio la Gente de la Tierra.

Al cruzar el río, el agua fría hace menos dolorosa la herida, y al llegar a la otra orilla, de mi pecho sigue cayendo gota a gota el tiempo que me queda de vida.

Corro entre los árboles, que parecen apartarse para abrirme un sendero. El *ngünemapu* ordena a *añpe*, el suave helecho, que me limpie al pasar la herida del pecho; a *wemul*, el cervatillo, que me de ánimos con su dulce mirada; y a *rere*, el pájaro carpintero, que mande un mensaje de esperanza hasta el refugio de Aukamañ.

Corro. No siento mis patas al tocar el suelo. No sé si el aire entra por mi nariz, no sé si mis ojos ven algo más que el verde del bosque, hasta que ya sin fuerzas caigo y escucho la voz de Aukamañ.

—¡*Afmau*! —exclama abrazándome, y yo suelto la caja adornada con una línea vertical cruzada por otra horizontal.

Me envuelve un dulce aroma a lana y con los ojos semicerrados distingo los colores de la nobleza y el valor del poncho que me cubre. Ya no siento dolor, pues Aukamañ ha abierto la caja y ha sacado de ella un polvo blanco que echa sobre su herida, la cubre enseguida con una tela blanca que enrolla a su pierna, y es como si al hacerlo hubiera curado mi propia herida.

El aire se detiene lentamente y no necesita entrar en mis pulmones. Aukamañ me acaricia, en la dulce lengua de la Gente de la Tierra me dice que soy su *peñi*, su hermano llamado *Afmau*, leal y fiel, y me habla de los días lejanos cuando no éramos más que un *pichiche* y un *pichitrewa* creciendo al amparo del río y del bosque.

Una gran paz me llena y desde el fondo de mi ser oigo la voz del *ngünemapu*, que es la misma voz del anciano Wenchulaf, me dice que es el momento de emprender el gran viaje, pero que antes de dar el primer paso escuche por última vez la voz de mi *peñi*, de mi hermano mapuche.

Aukamañ me toma en sus brazos y dice: «*Marichiweu peñi*, diez veces venceremos, hermano», que es la forma que tiene la Gente de la Tierra de despedirse, sin decir jamás adiós.

Yo soy *Afmau*, el recuerdo de un perro, y mi historia se cuenta en las *rukas* de la *Wallmapu*, cuando la niebla del sur del mundo oculta el país de los mapuche, la Gente de la Tierra.

Gijón, julio de 2015. Llitun ül wilki küyen, mes en que comienza el canto del zorzal y segundo mes del calendario mapuche.



Glosario

1 – <i>kiñe</i>	10 – <i>mari</i>	19 – <i>mari aylla</i>
2 – <i>epu</i>	11 – <i>mari kiñe</i>	20 – <i>epu mari</i>
3 – <i>küla</i>	12 – <i>mari epu</i>	30 – <i>küla mari</i>
4 – <i>meli</i>	13 – <i>mari küla</i>	40 – <i>meli mari</i>
5 – <i>kechu</i>	14 – <i>mari meli</i>	50 – <i>kechu mari</i>
6 – <i>kayu</i>	15 – <i>mari kechu</i>	60 – <i>kayu mari</i>
7 – <i>reqla</i>	16 – <i>mari kayu</i>	70 – <i>reqla mari</i>
8 – <i>pura</i>	17 – <i>mari reqla</i>	80 – <i>pura mari</i>
9 – <i>aylla</i>	18 – <i>mari pura</i>	90 – <i>aylla mari</i>

100 – *kiñe pataca*
1000 – *kiñe waranka*

Afmau: leal y fiel.

Aliwen: árbol.

Alka: gallo.

Antüi: el sol.

Añpe: helecho.

Aukamañ: cóndor libre.

Ayekantun: encuentro donde se cuentan historias y se canta de manera alegre.

Che: gente, hombre.

Chedki: padre de la madre. Abuelo materno.

Chinge: zorrillo.

Diweñe: hongo dulce que crece en las ramas del roble.

Foike: canelo, árbol sagrado de los mapuche.

Kallfukura: Piedra azul. Así se llamó un gran jefe mapuche.

Kallfütray: ruido del cielo.

Kawell: caballo.

Kaykay Filu: serpiente que domina la Tierra, los montes y volcanes.

Këlikëli: cernícalo.

Kofke: alimento ofrecido por la Tierra.

Koliwe: bambú.

Kollalla: hormiga.

Konkon: búho.

Küdemallü: luciérnaga.

Kultrun: pequeño tambor circular de los ritos mapuche.

Kuyen: la luna.

Lafken mapu: tierra del oeste, de donde vienen los espíritus malos.

Lakonn: la muerte.

Lemu: bosque.

Leufü: río.

Llüngki: rana.

Longko: autoridad mapuche que dirige y aconseja.

Makuñ: poncho.

Mamüll: leña seca.

Mansum: buey.

Mañke: cóndor.

Mapu: Tierra.

Mapudungun: lengua de la Gente de la Tierra. Idioma mapuche.

Mari mari chaw: buenos días, padre.

Mari mari kompu che: buenos días a todos.

Mari mari ñawe: buenos días, hija.

Maykoño: tórtola.

Monwen: la vida.

Nawel: jaguar.

Nawelfüta: jaguar grande.

Nguefii: avellano.

Ngüenemapu: ser superior que manda sobre todo lo que vive en la Tierra.

Ñamku: aguilucho.

Pelliñ: roble de madera roja.

Peñi: hermano.

Pewen: piñón, fruto de la araucaria. El árbol también se llama *pewen*.

Pewenche: Gente del Pewen.

Pichi: pequeño, chico.

Pichiche: niño pequeño.

Pichitrewa: cachorro de perro.

Pikun mapu: tierra del norte, tierra de la mala suerte.

Pinüyke: murciélago.

Pire: la blanca nieve endurecida.

Piru: gusano de la lluvia.

Puelmapu: tierra del este.

Püllomeñ: moscón azul.

Raral: nogal silvestre.

Rere: pájaro carpintero.

Rewli: raulí.

Ruka: casa tradicional mapuche.

Sillo: perdiz.

Tralkan: el trueno.

Trengtreng Filu: serpiente que domina los mares.

Trewa: perro.

Trikawe: loro.

Tunduku: ratón del monte.

Ufisa: oveja.

Walle: los altos robles.

Wallmapu: patria de la Gente de la Tierra.

Waren: ratón grande.
Wemul: cervatillo.
Wenchulaf: hombre feliz.
Wenupang: león del cielo.
Wigña: gato salvaje.
Wilki: zorzal.
Wingka: extraño, que no es mapuche.

Yarken: lechuza.

LOS TRECE MESES DEL AÑO MAPUCHE

We tripantu küyen, mes del año nuevo, del 21 de junio al 18 de julio.
Llitun ül wilki küyen, mes en que comienza el canto del zorzal, del 19 de julio al 15 de agosto.
Llitun poppof anümka küyen, mes en que aparecen los brotes de los granos plantados, del 16 de agosto al 12 de septiembre.
Rayen awar küyen, mes en que florecen las habas, del 13 de septiembre al 10 de octubre.
Longkon kachilla küyen, mes de las espigas, del 11 de octubre al 7 de noviembre.
Karü kachilla küyen, mes del trigo verde, del 8 de noviembre al 5 de diciembre.
Kudewallüng küyen, mes de las luciérnagas, del 6 de diciembre al 2 de enero.
Püramuwün kachilla küyen, mes de la cosecha, del 3 de enero al 30 de enero.
Trüntariü küyen, mes de las termitas, del 31 de enero al 27 de febrero.
Ngülliw küyen, mes de los piñones, del 28 de febrero al 27 de marzo.
Malliñ ko küyen, mes del agua en las vegas, del 28 de marzo al 24 de abril.
Trangliñ küyen, mes de las heladas, del 25 de abril al 22 de mayo.
Mawün kürüf küyen, mes de la lluvia y el viento, del 23 de mayo al 19 de junio.



LUIS SEPÚLVEDA CALFUCURA (Ovalle, 4 de octubre de 1949) es un escritor, periodista y cineasta chileno, autor de cuentos y novelas, entre las que se destaca *Un viejo que leía novelas de amor* y *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar*.

Ha recorrido desde muy joven casi todos los territorios posibles de la geografía y las utopías, y de esa vida inquieta y agitada ha sabido dar cuenta, como dotadísimo narrador de historias, en apasionantes relatos y novelas. De su obra cabe destacar los bestsellers *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar* y *Un viejo que leía novelas de amor*. Otros títulos destacables en la trayectoria del autor son *Mundo del fin del mundo*, *Nombre de torero*, *Patagonia Express*, *Desencuentros*, *Diario de un killer sentimental*, *seguido de Yacaré*, y *La lámpara de Aladino*.